

# Paradigmas de la peruanidad

## Francisco Bolognesi y Ricardo Palma

Ezequiel Valenzuela Noguera  
Universidad Garcilaso de la Vega  
ezeval.uigv@gmail.com  
Lima-Perú

### Resumen

Después de la posguerra de 1879-1883, con el sombrío panorama de la derrota frente a los chilenos, apareció la singular pluma de Ricardo Palma, poniendo las bases de una auténtica y patriótica literatura peruana, rindiendo honores a Francisco Bolognesi, quien ofrendó su vida en la dolorosa e infausta guerra con Chile.

Palma para hacer conocer su admiración a Francisco Bolognesi, escribió la tradición sobre la inmolación del héroe junto a sus soldados y la épica resistencia en el legendario Morro de Arica. La Nación toda los ha convertido en leyendas que perdurarán a través del tiempo.

**Palabras clave:** Tradición, Ricardo Palma, Francisco Bolognesi, Morro de Arica, guerra, sacrificio, amor, héroe.

### *Abstract*

*After the post-war period of 1879-1883, with the sombre scenario of defeat by the Chileans, the singular writing of Ricardo Palma appeared and laid the foundations of an authentic and patriotic Peruvian literature, honouring Francisco Bolognesi, who sacrificed his life in the bloody and infamous war with Chile.*

*To express his admiration for Francisco Bolognesi, Palma wrote a tradition about the immolation of the hero and his soldiers, as well as the epic resistance on the legendary Morro de Arica. The whole nation has turned them into legends that will last through time.*

**Keywords:** *Francisco Bolognesi, Ricardo Palma, Morro de Arica, Tradition, war, sacrifice, love, heroe.*

## **Ezequiel Valenzuela**

Escritor, narrador, historiador y periodista. Es doctor en Educación y Derecho. Docente con amplia experiencia en el ámbito universitario. Es miembro del Colegio de Profesores del Perú, del Colegio de Abogados de Lima, del Instituto Sanmartiniano del Perú y de la Sociedad Geográfica de Lima. Especialista en temas de historia y literatura. Entre sus publicaciones figuran: *Cuentos y Tradiciones de Moyobamba* (cuento), *Educación y Cultura en los Comentarios Reales* (ensayo), *El sueño mágico de Daniel* (novela), entre otros.

## Introducción

El presente trabajo trata en el fondo sobre el tema de la infausta Guerra del Pacífico. Suscribo con solidez de espíritu el tema de la polémica periodística de 1885 que sostuvo el oficial chileno Juan de la Cruz Salvo sobre la histórica frase que el héroe de Arica inmortalizó de “*luchar hasta quemar el último cartucho*”, y que Ricardo Palma lo consignó en el texto “Francisco Bolognesi”. Ello provocó que el exparlamentario chileno negara que se haya pronunciado esa rotunda e inmortal frase.

Encontrar el sentido de la vida es también buscar la luz, aquella que puede ser capaz de guiar nuestros pasos y permitirnos seguir con nuestros ideales por el camino del cumplimiento del alto deber nacional. Francisco Bolognesi y Ricardo Palma están y estuvieron unidos por un gran ideal que es el amor al Perú. Ambos gozaban de una buena amistad siendo profunda la admiración y respeto que se tenían. Bolognesi en condición de soldado, defendiendo la libertad de la tierra heredada a costo muy alto, y Palma haciendo patria a través del mensaje en sus obras.

Ricardo Palma en su amor por la historia a través de sus *Tradiciones peruanas*, lo llevó a convertirse en un divulgador de hechos trascendentes, manteniendo vivo el entusiasmo por el sentimiento de amor a nuestra nacionalidad. Así lo demuestra la tradición “Francisco Bolognesi”, donde resalta la heroica resistencia de Bolognesi y sus valientes soldados en el Morro de Arica, quemando el último cartucho.

En este trabajo se pone especial énfasis en el mensaje de estos dos grandes personajes que han dado gloria al Perú, constituyendo vivo ejemplo a las nuevas generaciones. La historia y la Nación toda los ha convertido en leyendas que perdurarán a través del tiempo inagotable.

## Ricardo Palma, creador de la tradición como género literario

Palma es uno de los escritores más importantes del Perú. Fue, además, bibliotecario, político, gestor cultural, periodista y ensayista. Su vasta obra variada en géneros es trascendente por su propósito de forjar una identidad de lo peruano. Su obra más conocida son las *Tradiciones peruanas*, que recrea la historia en relatos cortos con espíritu risueño. Esta obra monumental ha sido clasificada en orden cronológico, abarcando las diferentes etapas de nuestro acontecer histórico. Sin lugar a dudas, es su obra más celebrada, evocando con su estilo la historia del Perú en sus diversas épocas.

César Toro Montalvo puntualiza: “Palma nace desde el apunte feliz, pule o conserva la vida dramática de personajes que se inyectan de savia y chispa. Los acontecimientos se manifiestan allí donde la historia termina para darse en la tradición” (2004, p. 183). En los relatos sencillos se vivencia más la tradición nacional donde Palma llega a convertirse en un extraordinario conservador de la memoria colectiva, rememorando con fulgor el real pasado peruano. Se puede argüir que la tradición escrita por Palma, es el complemento exacto de la historia. En total son 464 las *Tradiciones peruanas*, agregando a ello, 18 de *Tradiciones en Salsa Verde*.

Ricardo Palma Soriano nació un 7 de febrero de 1833 en una calle céntrica de esa Lima segregacionista del siglo XIX, y murió en el balneario de Miraflores el 6 de octubre de 1919. Hijo de Pedro Ramón Palma, exitoso comerciante andino y de Dominga Soriano Carrillo, guapa mulata originaria de Cañete. Gran parte de su vida transcurrieron en medio de crispaciones políticas, golpes de Estado, insubordinaciones, antagonismo de grupos dominantes, como de la preocupante aspiración política expansionista chilena.

La tradición, género creado por Ricardo Palma, constituye una alianza entre historia y literatura como lo ha señalado acertadamente Luis Jaime Cisneros. Su contenido es un viaje imaginario de la historia del Perú que abarca los variados momentos que van desde el incanato, pasando por el período virreinal, momentos de la independencia hasta la República, dándonos una visión integral del Perú. Las *Tradiciones peruanas* de Palma, son relatos breves con fondo histórico que están referidos a hechos, sucesos y anécdotas, ocurridas en algún período de nuestra historia, escrito con humor criollo a través de un estilo excepcional. Alberto Tauro señala al respecto:

Ricardo Palma ha declarado en más de una ocasión que sus desengaños de la política y los hombres, tanto como su amor por el pasado, lo habían llevado a convertirse en un divulgador de olvidados episodios de otros tiempos; y que esta era una “obra de patriotismo”, pues convertía la historia en una materia tan ligera y regocijada como pudiera gustarla el pueblo y no solo contribuía a mantener vivo en el recuerdo de cuanto pudiera ser amable en los acontecimientos de ayer, sino a excitar el sentimiento nacional (1966, p. 7).

A más de un siglo de su desaparición física, Ricardo Palma sigue siendo el primero de nuestros escritores que ha sintetizado su genialidad narrativa con los medios más simples, valiéndose de la anécdota, del episodio fugaz, de la historia divertida o del trozo de un hecho histórico de nuestra patria. Nada falta y nada sobra en una tradición suya. Anota Luis Jaime Cisneros que, con las *Tradiciones peruanas*, Palma supo ganarse la simpatía del pasado y el presente:

Tiene de “historia”, y no es historia; lo que tiene de materia histórica es la relación de costumbres pretéritas y la alusión constante a épocas antiguas que de algún modo constituyen

el escenario en que se desarrolló la historia peruana; carece de la objetividad y de la inteligencia crítica propias de la obra histórica. Tiene de “historia” el intento de reconstruir, y animación, del pasado; pero carece de la fidelidad de los datos. No es una fuente histórica. Palma lo sabe, consciente de que está metido a costumbrista, animado de un realismo antirromántico, y por eso lo confiesa tajantemente. La intensidad dramática y el colorido forman parte de su contribución al género (2019, p. 39).

Palma es el creador del género tradición, donde mezcla lo verídico con lo imaginativo y lo histórico con lo anecdótico. Las tradiciones vienen a ser ejemplo de un realismo costumbrista. El estilo que acostumbró manejar Palma, está caracterizado por reconstruir el pasado de modo fácil y ameno. Este género creativo de la tradición ha tenido por finalidad, la recuperación de la conciencia histórica un tanto olvidada, estando adormecida desde las guerras de la Independencia y la creación de la República. Palma encontró en la tradición, el camino de su genialidad literaria. Tamayo Vargas ha señalado que las tradiciones de Palma, constituyen una magnífica vitrina histórica de los sucesos más importantes del Perú:

No es la precisión del dato virtud constante en Palma; claro está que la historia –crítica objetivación del pasado– no es un mero anaquele de fechas, sino un proceso viviente, sentido, que interpreta la realidad; y nadie puede negar que, si cada *Tradición* aislada no es histórica, el conjunto de las *Tradiciones Peruanas* sí es un magnífico escaparate histórico del Perú. Pero además de ese dejo histórico la tradición es un completo organismo de lenguaje peruano, donde se dan cita estribillos, refranes, cantares y cuentos populares narrados con una acentuación de *presente*, que no responde a un esclavista amor por el pasado –que muchos creen ver en Palma– sino por una exacta dimensión del proceso del

Perú— analizado y contado por un hombre de su tiempo, con la inquietud de su tiempo y con la lengua de su tiempo (1968, p. 657).

Ricardo Palma es un idealista de nuestro pasado que ha convertido a la historia en un ameno coloquio literario, estampando con ello la chispa popular de su pluma. Constituye merced a su obra, en la expresión cultural más elevada del siglo XIX. La tradición palmista es, de modo natural festiva, que toma de la historia los hechos de mayor significación en la forma más sencilla y breve. Raúl Porras Barrenechea ha manifestado que la tradición de Palma, constituye el mejor testimonio de su donaire picaresco:

La tradición creada por Palma es un género propio e inconfundible que no se amolda ni cabe en los géneros conocidos. Es un producto genuino, limeño y criollo. No es historia, novela, ni cuento, ni leyenda romántica. De la historia recoge sus argumentos y el ambiente, pero le falta la exactitud y el cuidado documental. Palma no concibe la historia sin un algo de poesía y de ficción. Incapaz de ceñirse a un texto frío, él adereza la historia, la anima y la retoca, y cuando el manuscrito tiene claros, dice uno de sus mejores comentaristas, él lo llena con las telarañas de su ingenio. Pero la “tradición” no es tampoco, como las novelas y los cuentos, pura obra imaginativa (Porras, 1973, p.10).

Palma ya consagrado como un excelente narrador, toma un tanto de la novela histórica, la leyenda y el cuento, para crear algo suyo, el género denominado tradición. Es a partir de 1872 que comienza a publicar lo que sería en adelante las *Tradiciones peruanas*. Tamayo San Román señala la complacencia de Palma al ver impreso su obra:

Lo embarga la obvia satisfacción de ver editado el producto de largos años de investigación y esfuerzo. Las *Tradiciones peruanas* se convertirán, con el tiempo, en uno de los libros más representativos, no solo de la literatura, sino de la cultura peruana en su conjunto (2019, p. 44).

Con Palma identificamos de la mejor forma la historia en sus diversos escenarios y períodos. Retrata magistralmente al usurpador aventurero español de la época invasora de la conquista, como también la vida cortesana de las altas autoridades virreinales. No escapa al tradicionista las ocurrencias y hechos gloriosos como la tradición de Francisco Bolognesi y su heroica resistencia en el legendario Morro de Arica. Al respecto Iván Rodríguez anota que, Palma a través de esta tradición, rindió un merecido homenaje al héroe de la Guerra del Pacífico:

Para manifestar su admiración no le ha sido necesario recurrir a su biografía ni reseñar su conducta en la dirección de la batalla. A él le ha resultado suficiente muestra de su heroísmo, digno de perennizarlo en su género más caracterizado, la reacción viril y honrosa de rechazar el halago y la amenaza de preferir la inmolación (Rodríguez, 2003 b, p. 88).

Por lo general, el tradicionista imprime el dato preciso de la historia, amenizándolo con cuadros costumbristas. Agrega Toro Montalvo: “La tradición de Palma es una delicada fotografía del Perú que al observarla nos provoca su risa picante y crítica. Palma llega a los confines más insospechados de aspiraciones literarias” (Toro, 2012, p. 432). La tradición que creó Palma, se nutrió en buena medida de la oralidad, por ello su prosa exquisita tiene ese tinte de la expresión popular del siglo XIX. Palma trasciende con sus tradiciones, contribuyendo de modo eficaz al logro de nuestra identidad cultural. Iván Rodríguez enfatiza:

Las *Tradiciones peruanas* deben su atractivo por ser una conjunción de historia y ficción. Una alianza que hace vigente la trama de sus narraciones. Pues nada escapa a la pluma de este precursor del cuento hispanoamericano, ya que ha creado un lenguaje donde conviven lo culto y lo popular de manera grácil e ingeniosa (2003a, p. 5).

La tradición es obra exclusiva de Palma, como lo puntualiza el propio tradicionista que, “la tradición no es más que una de las formas que puede revestir la historia”. Ello se traduce en gran parte de sus relatos, con excepción de algunas que tienen un tanto de ficción. Se podría decir que la tradición es un género que es el resultado de los aportes de la leyenda romántica breve y el artículo de costumbre. Palma con su inigualable pluma ha sabido extraer de los antiguos manuscritos una nota prolija, una anécdota atrayente y algunos rasgos resaltantes de algún personaje, para convertirlo con su estilo festivo en un cuadro lleno de animación y gracia. Carlos Garayar ha señalado con acierto la vigencia de las tradiciones de Palma:

Él nos ha venido ofreciendo la otra cara de la Historia, la viva y sonriente. Tal vez ya haga falta escribir la trágica, pero mientras ello no suceda, esta obra seguirá siendo la única gran ventana que los peruanos tienen a mano para asomarse emocionalmente a casi quinientos años de su pasado (Garayar, 2001, p. 11).

Palma indudablemente fue un extraordinario creador literario, que más allá de su negada postura conservadora, fue un liberal, masón y anticlerical que no le impidió con su espíritu burlón, cuestionar a virreyes, arzobispos y altas autoridades de la época colonial. Con acierto Haya de la Torre sentencia:

Palma hundió la pluma en el pasado para luego blandirlo en alto y reírse de él. Ninguna institución u hombre de la Colonia y aún de la República escapó a la mordedora tantas veces certera de la ironía, el sarcasmo y siempre el ridículo de la jocosa crítica de Palma (1977, p. 95).

Sin discusión, Palma fue único e inconfundible. Superó en gran medida a sus predecesores Segura y Pardo, deleitándonos con sus tradiciones, historias llenas de filigranas. Con vivacidad lozana nos ha dado a conocer de manera sustanciosa la imagen de la historia viva y el proceso de la sociedad peruana. Palma ha sabido enaltecer al Perú en su integridad, siendo señalado con razón, como uno de los más calificados propulsores de nuestro sentir patriótico. Encontramos en cada tradición de Palma, el recuerdo popular del hecho histórico que por lo general está envuelto en dichos comunes, merced a la utilización del recurso coloquial basado en el habla popular. Las tradiciones son importantes porque nos hacen revivir los hechos más resaltantes y significativos de nuestro devenir histórico.

Las tradiciones son la expresión de la viva imaginación de Palma, sin la necesidad de calificarlo como un experto en la investigación histórica. Así, para saber más sobre la vida limeña de la época virreinal, lo encontramos en sus graciosos relatos llenos de anécdotas, chismes y travesuras de esa Lima de las mil y una incidencias. Palma es propiamente el símbolo de una tradición viviente. Sánchez anota:

La tradición malogró a Palma para la historia. Cuando quiso escribir historia, escribió tradición. Verdad que él mismo lo ha dicho: “el tradicionista tiene que ser poeta y soñador; el historiador es el hombre del raciocinio y de las prosaicas realidades”. Debió escribir nuestra historia, pero medió la tradición. Hermanando ambas pudo iniciar la novela histórica en el Perú (Sánchez, 1919, p. 298).

Viviendo Ricardo Palma en el apacible balneario de Miraflores, su tranquilidad fue perturbada al recibir la noticia angustiante de la declaratoria de guerra de Chile contra el Perú el 5 de abril de 1879. Las consecuencias de este lamentable suceso jamás podrán olvidarse. Palma acababa de terminar de escribir su novela histórica *Los Marañones*, que en cierto modo forma parte de la vida de Lope de Aguirre. Más tarde, el texto original de dicha novela sería consumido en el incendio de su biblioteca durante el saqueo chileno. En solo un año de iniciada la conflagración se produjo la debacle nacional. Esta guerra que nunca debió producirse, estaba ya perdida antes de iniciarse por la anarquía política que vivía el país. En el Combate de Angamos del 8 de octubre de 1879, perdimos a Miguel Grau y sus valerosos marinos ante la superioridad de los acorazados chilenos. En la Batalla de Arica del 7 de junio de 1880, Francisco Bolognesi junto a sus oficiales y tropa, entregaron sus vidas en la defensa del territorio sur peruano.

Durante esta infausta guerra desproporcionada, los chilenos con el ánimo triunfante avanzaron libremente hacia Lima. Es en Miraflores donde se va a dar la última batalla en nuestra capital a mediados de enero de 1881. Palma que no estaba ajeno a los acontecimientos, se incorporó al batallón número 4 en calidad de reservista participando en la defensa de Miraflores. La reserva donde estaba Palma, defendió los cuatro reductos establecidos, pese a la escasa o nula preparación militar y carencia de armamento. En ese estado de cosas, pese a la valentía de los vecinos mirafloresinos, no pudieron evitar el saqueo y el incendio de la ciudad, incluyendo la casa de Palma. Murieron en dicho accionar dos jóvenes combatientes, hijos de Francisco Bolognesi, Enrique y Augusto, que con gran heroicidad ofrendaron su vida en defensa de la patria y nuestro honor nacional.

El conflicto con Chile sacudió la paz en nuestro país, soportando los increíbles excesos que cometieron los invasores chilenos. Los políticos y los gobernantes no estuvieron activos en los momentos de peligro. Nuestra imprevisión suicida y nuestro egoísmo rastrero contribuyeron a la debacle y la ocupación chilena de nuestro territorio por tres largos años destruyendo todo a su paso. Anota Tamayo San Román con desazón.

Los casi cuarenta años de anarquía, tras la independencia del Perú, habían destrozado la economía del país y los caudillos militares –que protagonizaron y causaron dicha anarquía– se habían dedicado más a batallar uno contra otro por el poder, que a la consolidación de una nación y un ejército que pudiera enfrentar un reto tan exigente como el que planteó la Guerra del Pacífico (Tamayo, 2019, p. 68).

Ricardo Palma criticó con vehemencia a quienes no supieron actuar con decisión durante la guerra, empeñándose con su actitud displicente en cubrir de lodo y de vergüenza la historia del Perú. Nuestro tradicionista quedó abatido por la derrota, siendo testigo del horror de la guerra. En una carta dirigida a Piérola le expresa su pesar por las pérdidas invalorables que le ocasionó la actitud demencial de los chilenos:

En el incendio de Miraflores perdí mi modesto rancho, mi curiosa biblioteca americana de más de tres mil volúmenes, formada con no poco gasto en veinticinco años de constante afán, mis muebles y cuanto poseía, salvando mi esposa y niños con lo encapillado (Palma, 1979, p. 20).

La casa de Palma había sido totalmente saqueada, siendo despojado de sus antiguos lienzos que los tenía como reliquias. La resignación estaba muy distante frente a una postura de desconsuelo. Los chilenos destruyeron e incendiaron todo lo que pudieron. Con los restos de los muebles alumbraron

grandes fogatas en los flancos abiertos de la ciudad. El festín de los chilenos era demencial.

Palma no pudo evitar el saqueo de la Biblioteca Nacional, que fue uno de los objetivos principales de la codicia de los chilenos. En su condición de subdirector, la expresó a Piérola en fecha del 5 de abril:

Cúmpleme en darle cuenta de lo que he hecho para impedir que se llevase a cabo el saqueo de tan importante establecimiento. Desde fines de febrero corrió el rumor de que los chilenos pensaban trasportar a Santiago la biblioteca, y el Archivo Nacional. Me dirigí al alcalde Torrico, y este caballero me contestó que no encontraba la manera de impedir el atentado (Palma, 1979, p.32).

El ejército chileno saqueó a su antojo la Biblioteca Nacional. Palma alzó su voz de protesta reclamando airadamente por la inminente destrucción. En razón de ello, es apresado y recluso. Gracias a la intervención de la diplomacia francesa, se logró impedir que sea enviado a una prisión en Chile.

La tropa invasora chilena ocupó la Biblioteca Nacional transformándolo en un cuartel de caballería saqueando los tesoros bibliográficos existentes. Agrega Sánchez:

Los libros se vendieron al peso en las pulperías, cuando no fueron enviados a Chile, en cuya Biblioteca hay un gran número de ellos. Al firmarse la paz el nuevo gobierno quiso restablecer la Biblioteca y pidió a Palma que se encargara de ello. El aceptó (Sánchez, 1989b, p.1288).

Palma asumió la dirección de la Biblioteca Nacional a petición de Miguel Iglesias, encargándose de inmediato en reconstruirla. Aceptó convertirse en el *bibliotecario mendigo*, no teniendo

vergüenza de hacerlo. Cursó cartas para pedir libros a sus amigos intelectuales, logrando en poco tiempo contar con una nueva y renovada colección de veinte mil volúmenes, la cual fue creciendo durante el tiempo que estuvo al frente de la institución.

La patria se benefició del prestigio continental que ostentaba Palma al asumir el patriótico encargo de rehacer la saqueada Biblioteca Nacional. Dejó su viaje a Buenos Aires donde era querido, ante la petición de Iglesias de restaurar la biblioteca destruida. El gobierno supo utilizar del mejor modo el prestigio literario de Palma y sus relaciones personales existentes con eminentes intelectuales de América como del viejo mundo. Anota Jorge Guillermo Leguía:

Como Lincoln después de la batalla de Fredericksburg, Palma se transfigura. La faz, hasta entonces sonriente, dijérase que volteriana, adquiere tintes melancólicos. Junto al genio de las letras, aparece el genio de la abnegación. Al lado del escritor, compenetrándose con él y usufructuando sus mejores recursos, surge el apóstol (Leguía, 194, p. 104).

Lo más resaltante en Palma fue de modo indiscutible su vida consagrada al periodismo, la literatura y la plasmación de sus *tradiciones*, cuyas estampas criollas continuarán deleitándonos de sumo agrado con su espíritu burlón de las costumbres de la época virreinal en especial. Al leer estas increíbles historias llenas de humor y picardía, nos seguirá trasladando a ese mundo ensoñador lleno de sabrosas e hilarantes historias. Otra faceta no menos importante por su trascendencia, fue la tarea monumental que hizo al frente de la Biblioteca Nacional.

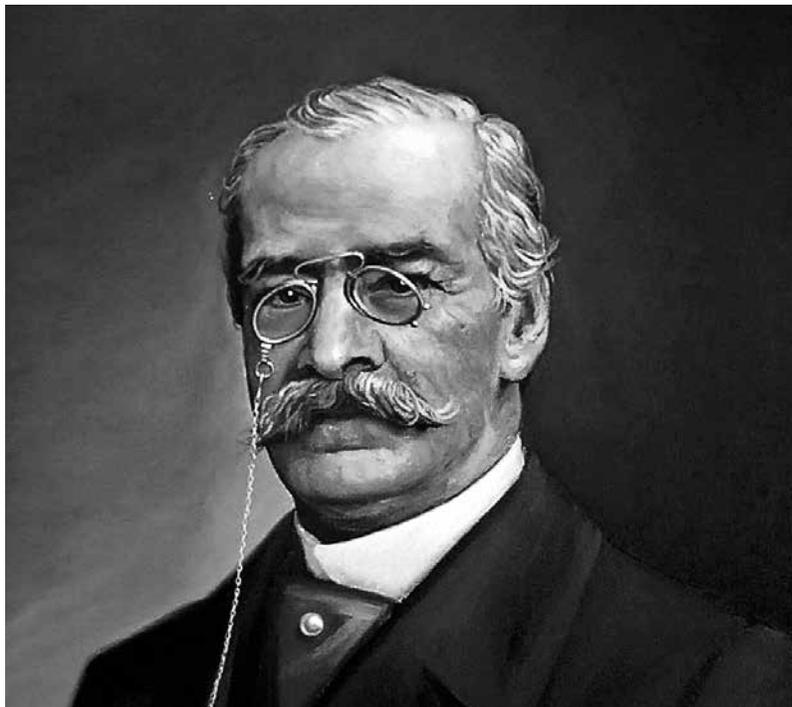


Fig. 1. Ricardo Palma

## Francisco Bolognesi y la heroica defensa del Morro de Arica

El coronel Francisco Bolognesi, sintiendo la amenaza latente de la invasión chilena, redobló los preparativos para la defensa. Sus telegramas reiterados al coronel Segundo Leiva no tuvieron eco en la respuesta. Nunca llegó pese a tener tres mil hombres.

El comando militar chileno envió el mayor Juan de la Cruz Salvo como parlamentario en la mañana del día 5 de junio para solicitar a los peruanos una rendición honrosa. Fue recibido

por el coronel Bolognesi en forma cortés en su casa ubicada al pie del Morro. El militar chileno tenía el encargo de su jefe, el general Manuel Baquedano, de solicitar la rendición de la plaza y evitar el inútil derramamiento de sangre. Bolognesi no dudó ni un instante para responder: “*Tengo deberes sagrados y los cumpliré hasta quemar el último cartucho*”. Sobre ello, Euxodio Ortega anota: “Respuesta magnánima que no tiene parangón en la historia militar de los pueblos civilizados del mundo, que todo peruano debe recordarla y llevar en el corazón como un escudo de patriotismo y dignidad nacional” (1963, p. 181).

Antes de retirarse el mayor Salvo, el coronel Bolognesi le manifestó que tome sus palabras como una opinión personal, que recién en horas de la tarde le dará una respuesta definitiva, tras consultar con sus oficiales. Viendo que el militar chileno no aceptaba la demora, reunió de inmediato a sus jefes en presencia del parlamentario chileno. En esta escena solemne y final, acompañaron a Bolognesi los jefes de más alta graduación en sus respectivas unidades como Juan Guillermo More, José Joaquín Inclán, Alfonso Ugarte, Ricardo O’Donovan, Justo Arias Aragüez, Roque Sáenz Peña, Ramón Zavala y otros reconocidos patriotas.

En esta reunión crucial, Bolognesi señaló que se encontraba en el ocaso de su vida, pero con gran deseo de morir con gloria. Pese al acuerdo unánime, insistió en hacer reflexionar a los jóvenes oficiales, manifestándoles de que podían en adelante servir mucho mejor al país. La respuesta patriótica estaba ya anunciada, sin ninguna voz discrepante. Chirinos Soto señala lo ocurrido en ese momento lleno de tensión con las palabras finales del héroe de Arica:

Les hace ver que él es ya viejo, que está curado de ilusiones, y que solo aspira a pelear hasta la muerte por el honor del Perú. En cambio, entre los jefes, hay varios que son jóvenes, tienen el

porvenir por delante, todavía pueden prestar grandes servicios a la patria. El acuerdo, empero, es unánime: todos quieren quemar el último cartucho” (Chirinos, 1991, p. 263).

Horas después del mismo día 5, los chilenos comenzaron a probar su artillería, encontrando una respuesta valiente y firme a sus malévolos propósitos. Al mediodía del día siguiente, volvieron a encender los cañones la artillería enemiga, con resultados no tan favorables para los invasores. El monitor “Manco Cápac” hizo lo suyo, actuó de manera eficiente en la defensa. Lo cierto es que los peruanos no estaban dispuestos a ceder fácilmente Arica. Eudoxio Ortega, subraya la actitud preocupante de Bolognesi:

Bolognesi no sabía a ciencia cierta el número de las fuerzas atacantes, que el día de la batalla se comprobó que sextuplicaba al nuestro, al decir de Salvo. Más teniendo presente las armas modernas de que disponían los chilenos, la batalla de tanto heroísmo para nuestros soldados, nos sería adversa (1963, p.175).

La guarnición peruana con fusil en el brazo, solo estaba a la espera del momento decisivo del ataque.

Los ataques de los chilenos contra el Morro y los defensores en los días previos al 7, no tuvieron resultados satisfactorios. Bolognesi en actitud previsor, supo utilizar lo poco que disponía en torno a la defensa de la plaza. Pons Muzzo pondera la sagacidad de Bolognesi: “Bien sabido es que una plaza sitiada puede esperar el ataque por cualquier lado, con lo que está en desventaja frente a los sitiadores. La única posibilidad de victoria es la ayuda de fuera, lo que en Arica no ocurrió por más pedidos que hizo Bolognesi. Los 5,000 hombres de Montero y Leiva en Tarata desempeñaron un triste papel (Pons, 2017, p. 220).

Fracasadas las intenciones de los chilenos en tratar de lograr la rendición y la intimidación por la fuerza con los bombardeos, procedieron a atacar y asaltar la plaza de Arica de modo urgente. Horas antes del asalto, los peruanos advertidos del inminente ataque de las hordas chilenas, solo estaban a la espera de poder cumplir con su deber por el honor de la patria. Arica estuvo arrinconada y huérfana de todo apoyo con la deserción incalificable de Montero y Leiva, más el retiro de los bolivianos. El sacrificio era evidente. La nación toda contempla con devoción la acción patriótica de los combatientes de Arica.

Fueron dos días intensos de resistencia heroica al enemigo, pese a la pérdida de toda esperanza de ayuda del exterior. Bolognesi nunca recibió la ayuda urgente que requería por parte de Lizardo Montero, responsable político y militar del sur peruano. El asalto comenzó al amanecer del 7 de junio de 1880. A decir de José de la Puente, Bolognesi a pesar de la difícil situación que se encontraba junto a sus hombres, puso por delante la defensa del honor nacional:

Fue en efecto, el honor lo que defendieron, porque lo cierto era que el sur ya estaba perdido para el Perú, es decir, el dominio de Arica ya no era relevante para nuestro país, por cuando dicho puerto tuvo como función primordial la de ser apoyo de las tropas ubicadas en Tacna, y base naval para la escuadra que en los hechos ya no existía (De la Puente, 2015, p.118).

Al amanecer del 7 de junio de 1880, los chilenos iniciaron el asalto. Los peruanos ofrecieron resistencia en forma extraordinaria, realizándose una lucha encarnizada cuerpo a cuerpo. En esta batalla desigual y crucial que duró pocas horas, ofrendaron su vida la mayoría de los jefes peruanos y cerca de un millar de valientes soldados, destacando todos en su entrega por la defensa del honor nacional. Juan José Pérez resalta la

firmeza y bravura de Justo Arias Aragüez, uno de los primeros oficiales en caer frente al enemigo:

El coronel Arias firme en su puesto, sin retroceder un paso, se batía cuerpo a cuerpo con los primeros asaltantes, llegando a dar muerte personalmente con su espada a cinco de estos. Con semejante ejemplo nadie se movía un punto, de tal manera que la resistencia fue eficaz y positiva, causando al enemigo muchas, muchísimas bajas (1880, p. 28).

Arica fue el baluarte de la peruanidad, donde nadie pensó en rendirse. El heroísmo puesto por los patriotas fue admirable pese a las condiciones desfavorables. El mismo Baquedano pudo admirar el temple de los peruanos sosteniendo: “El que no cayó prisionero rindió la vida”. Arica no se entregó, fue arrebatado por el enemigo. Bolognesi pronosticó la excelsa derrota días antes de la batalla final: “Dios va a decidir este drama, en que los políticos que fugaron y los que asaltaron el poder, tienen la misma responsabilidad. Unos y otros han dictado con su incapacidad y conducta, la sentencia que nos aplicará el enemigo” (Citado por Parra, 1990, p. 63). Los defensores de Arica demostraron su capacidad de sacrificio llegando al heroísmo. Durand Flores resalta la entrega de los hombres de Bolognesi:

La defensa del morro no es el acto de un hombre, es la decisión de un comando que afronta la probabilidad inmediata de la muerte. Y así sucede, porque gran número de oficiales, desde el jefe de la plaza, Bolognesi, sucumbieron” (2005, p. 118).

Antes de las 9:00 a.m. todo estaba consumado. Los últimos en caer, fueron Bolognesi y More, quienes fueron ultimados con saña por las descargas del enemigo que irrumpieron en la fortificación. Bolognesi a pesar de haber caído producto de las balas contrarias, fue rematado con un culatazo en el cráneo por

un soldado chileno, cumpliendo su palabra de morir disparando el último cartucho. Se produjo después una matanza cruel de heridos y prisioneros, dedicándose luego al saqueo e incendio de la ciudad en exceso por parte de la soldadesca enardecida. El morro y la ciudad quedaron empapados de sangre patriota. Valdelomar resalta la heroicidad del héroe de Arica:

Bolognesi es para el Perú como el punto donde deben converger todas las miradas, donde deben unificarse todos los anhelos, donde deben unirse todas las fuerzas nacionales. Aquel grupo épico y solemne, aquel nido de héroes, desde Arica, comprendieron que era inevitable la derrota. Entonces pensaron que era necesario, sin embargo, vencer al enemigo (2000, p. 427).

En esta guerra sin piedad, es digno de mencionar y destacar el arrojado de Alfonso Ugarte que, pese a sus heridas, se inmoló envolviéndose con la bandera bicolor para no entregarla al enemigo, lanzándose con su caballo al mar desde el morro, demostrando coraje y valentía en defensa del honor nacional. La invasión chilena fue una lucha sin tregua a base de sangre y fuego. Chirinos Soto sostiene:

En Arica, Bolognesi no quiso limitarse al deber militar, que ya había cumplido con creces. A sabiendas de la inutilidad de su sacrificio, consciente de que no podría alterar el funesto curso de la guerra, quiso darnos, el precio de su sangre y de su vida, una lección de dignidad y de heroísmo (Chirinos, 1991, p. 264).

Bolognesi pese al abandono sufrido dejó a la posteridad, la más profunda huella heroica, así como también la de sus hombres que valerosamente lo acompañaron. Pons Muzzo resalta: “La gloria de Bolognesi y sus compañeros de Arica está en que supieron morir por el honor nacional, en un acto simbólico de cerrar el paso al expansionismo chileno” (Pons, 2017, p. 256).

Es digno de destacar la resistencia de los peruanos en el morro, soportando hasta el final. Arica fue finalmente arrebatada con extrema violencia por las fuerzas chilenas. Basadre realza la valentía de los que ofrendaron su vida en la trágica batalla: “Al sacrificarse Bolognesi, y en con él todos los defensores de Arica, dieron al Perú algo más importante que un movimiento estratégico afortunado. Le dieron héroes, símbolos nacionales, luz para el alma colectiva” (Basadre, 2010, p. 265).

Chile en su afán destructivo envió a nuestra costa norte una expedición al mando de Patricio Lynch. De esa manera a finales de 1880, destruyeron y saquearon importantes valles azucareros de manera bárbara. Luego de ello, se inició la campaña sobre Lima. Señala Rubén Vargas Ugarte, que no hay que caer en la insensatez de creer que las afrentas y los crímenes en que incurre un país, los lava el tiempo y es mejor olvidarlos: “Hay manchas que no se borran y las que a veces cubren a una nación con un estigma que el tiempo no alcanza a destruir” (Vargas, 1971, p. 318).



Fig. 2. Francisco Bolognesi

## Ricardo Palma y la tradición sobre la gesta de Arica

Ricardo Palma, autor de las *Tradiciones peruanas*, tuvo una intensa actividad literaria asociada al interés en la historia del Perú. Vivió momentos felices en la forja de nuestra identidad, como también momentos terribles en la tragedia de la Guerra

del Pacífico. Participó y fue testigo de la derrota más trágica de nuestra historia republicana. Su vida fue una entrega al país que siempre amó, reflejándose ello en sus obras donde retrató con su estilo inconfundible los hechos que marcaron nuestra historia, como es el caso de la tradición *Francisco Bolognesi*, donde enfatizó de modo fehaciente la frase inmortal de “*luchar hasta quemar el último cartucho*”.

Esta tradición sobre el héroe de Arica es muy significativa, puesto que Palma conoció y trató de modo amical a Bolognesi en años anteriores a la infausta guerra con Chile. Cada uno en sus respectivas trincheras, supieron enfrentarse y luchar contra el enemigo invasor en distintos escenarios. Este hermoso trabajo de Palma sobre Bolognesi tiene cuatro breves secciones.

En la primera sección, Palma retrató la escena previa a la reunión del general Francisco Bolognesi con el parlamentario chileno mayor Juan de la Cruz Salvo, en la rústica casa que habitaba al pie del Morro de Arica. Los ambientes de dicho recinto mostraban la austeridad en que se desenvolvía el comandante de la plaza. La habitación contaba con tan solo una sala sencilla de piso entablado sin mayores adornos. Dicha pieza principal estaba compuesta por un viejo sofá, unos sillones, una mesa de escribir y algunas sillas. En ese escenario crucial donde se desarrollaría el encuentro, solo se escuchaba el tic tac solemne del reloj. El general Bolognesi, a pesar de los trajinados años, se mantenía erguido en forma enérgica y viril, a la espera del emisario enemigo.

Eran las primeras horas de la mañana del sábado 5 de junio de 1880. Los rayos del tibio sol matinal caían sobre las paredes azules de una casita de modesta apariencia, situada en la falda del cerro de Arica y en dirección a la calle real del puerto.

Un soldado del batallón granaderos de Tacna, con el rifle al brazo, hacía su facción de centinela en la puerta de la casita.

Quien hubiera penetrado en la pieza principal, que mediría ocho metros de largo por seis de ancho, habría visto por todo humildísimo mueblaje una tosca mesa de pino, obra reciente del carpintero del Manco Cápac; unos pocos sillones desvencijados, y una gran banca con pretensiones de sofá, trabajo del mismo escoplo y martillo. Al fondo, y cerca de una ventana, aún entornada, había una de esas ligeras camas de campaña que para nosotros, sibaritas de la ciudad, sería lecho de Procusto más que mueble de reposo para el fatigado cuerpo.

Sentado junto a la mesa, en el menos estropeado de los sillones, y esgrimiendo el lápiz sobre un plano que delante tenía, hallábase aquella mañana un anciano de marcial y expansivo semblante, de pera y bigote canos, mirada audaz y frente despejada. Vestía pantalón de paño grana con cordoncillo de oro, paletó azul con botones de metal, militarmente abrochado, y quepis con el distintivo de jefe que ejerce mando superior.

Era el coronel Francisco Bolognesi.

No nos proponemos escribir la biografía del noble mártir de Arica, pues por bellas que sean las páginas de su existencia la solemne majestad de su último día las empequeñece y vulgariza. En su vida de cuartel y de salón vemos solo al hombre que profesaba la religión del deber, al cumplido caballero, al soldado pundonoroso; pero sus postreros instantes nos deslumbran y admiran como las irradiaciones espléndidas de un sol que se hunde en la inmensidad del Océano (Palma, 2001, pp. 371-372).

En la segunda sección, Palma detalla de modo magistral, el encuentro trascendente entre el mayor chileno Juan de la Cruz Salvo y el general peruano Francisco Bolognesi. En medio del silencio y vestido adecuadamente con su uniforme militar, Bolognesi recibió de modo cordial al mayor chileno, quien fuera conducido ante él por el teniente coronel Ramón Zavala. Con el rostro enérgico y su tez bronceada se puso frente al oficial chileno que se mostraba sereno con algo de nerviosismo. La conversación entre ambos fue breve, digna y solemne. El militar chileno en cumplimiento de la orden recibida, pidió la rendición de la plaza. Bolognesi no dudó un solo instante para dar su célebre respuesta. A ello, José Santos Chocano (1980) canta elogiando la fuerza discursiva del titán del morro en “La Epopeya del Morro:

Tengo apenas un grupo de soldados;  
pero tengo a la vez los más sagrados  
deberes que cumplir: la voz escucho  
de mi conciencia que morir me manda;  
y moriré...después que en la demanda  
haya quemado el último cartucho.

Palma, con su inigualable pluma, realza la actitud excelsa del personaje histórico que es Bolognesi, relacionándolo con los arquetipos de la poesía épica.

Un capitán avanzó algunos pasos hacia la mesa y cuadrándose militarmente dijo:

–Mi coronel, ha llegado el parlamento del enemigo.

–Que pase –contestó Bolognesi, y se puso de pie.

El oficial salió, y pocos segundos después entraba en la sala un gallardo jefe chileno que vestía uniforme de artillero. Era el sargento mayor don Cruz Salvo.

–Mis respetos, señor coronel–dijo, inclinándose cortésmente, el parlamentario.

–Gracias, señor mayor. Dígnese usted tomar asiento.

Salvo ocupó el sillón que le cedía Bolognesi, y este se sentó en el extremo del sofá vecino. Hubo algunos segundos de silencio, que al fin rompió el parlamentario diciendo:

–Señor coronel, una división de seis mil hombres se encuentra casi a tiro de cañón de la plaza...

–Lo sé –interrumpió con voz tranquila el jefe peruano–; aquí somos mil seiscientos hombres decididos a salvar el honor de nuestras armas.

–Permita usted, señor Coronel –continuó Salvo–, que le observe que el honor militar no impone sacrificio sin fruto; que la superioridad numérica de los nuestros es como de cuatro contra uno; que las mismas ordenanzas militares justifican en su caso una capitulación; y que estoy autorizado para decirle, en nombre del general en jefe del Ejército de Chile, que esa capitulación se hará en condiciones que tanto honren al vencido como al vencedor.

–Está bien, señor mayor –repuso Bolognesi sin alterar la impassibilidad de su acento–; pero estoy resuelto *a quemar el último cartucho*.

El parlamentario de Chile no pudo dominar su admiración por aquel soldado, encarnación del valor sereno, y que parecía fundido en el molde de los legendarios guerreros inmortalizados por el cantor de la *Iliada*. Clavó en Bolognesi una mirada profunda, investigadora, como si dudase de que en esa alma de espartano temple cupiera resolución tan heroica. Bolognesi resistió con altivez la mirada del mayor Salvo, y este, levantándose, dijo:

—Lo siento, señor coronel. Mi misión ha terminado. Bolognesi acompañó hasta la puerta al parlamentario y allí se cambiaron dos ceremoniosas cortesías. Al traspasar el dintel volvió Salvo la cabeza, y dijo:

—Todavía hay tiempo para evitar una carnicería...; méditelo usted, coronel.

Un relámpago de cólera pasó por el espíritu del gobernador de la plaza, y con la nerviosa inflexión de voz del hombre que se cree ofendido de que lo consideren capaz de volverse atrás de lo una vez resuelto, contestó:

—Repita usted a su general que *quemaré hasta el último cartucho*<sup>1</sup>” (Palma, 2001, pp. 372-373).

En la tercera sección, Ricardo Palma aborda lo referente a la actitud asumida por los oficiales de alta graduación ante la categórica respuesta del general Francisco Bolognesi al emisario enemigo, respaldándolo y reafirmando su compromiso patriótico de defender la plaza de Arica aun a costa de sus vidas. Asumieron con gallardía inmortal la defensa de la honra nacional como unos verdaderos espartanos. La plana mayor decidió al unísono resistir al enemigo a pesar de saber con certeza de lo inevitable de la derrota.

---

1 El 5, después de llegado a su campamento el parlamentario, rompieron los chilenos el fuego de cañón, por mar y tierra, sobre la plaza de Arica. El domingo 6 funcionó por ambas partes, con mayor vigor que en la víspera, la artillería, consiguiendo los peruanos poner un buque fuera de combate. En la madrugada del 7 principió el asalto a la plaza y con él la atroz hecatombe. De los 1600 defensores de Arica (según el historiador chileno Vicuña Mackenna) hubo más de 900 muertos, cerca de 200 heridos y poco más de 500 prisioneros. Los vencedores tuvieron 144 muertos y 337 heridos, sobre una masa total de 6.500 hombres

Minutos más tarde Bolognesi convocaba para una junta de guerra a los principales jefes que le estaban subordinados. En ella les presentó, sin exagerarlo, el sombrío y desesperante cuadro de actualidad, y después de informarles sobre la misión del parlamentario, les indicó su decisión de *quemar hasta el último cartucho*, contando con que esta decisión sería también la de sus compañeros de armas.

El entusiasmo como el pánico han sido siempre una chispa eléctrica. La palabra desaliñada, franca, tranquila y resuelta del jefe de la plaza halló simpática resonancia en aquellos viriles corazones. El hidalgo Joaquín Inclán y el intrépido Justo Arias, dos viejos coroneles en quienes el hielo de los años no había alcanzado a enfriar el calor de la sangre; el tan caballeroso como infortunado Guillermo More; el circunspecto jefe de detalle Mariano Bustamante, y el impetuoso comandante Ramón Zavala, fueron los primeros, por ser también los de mayor categoría militar, en exclamar:

¡iCombatiremos hasta morir!

Y la exclamación de ellos fue repetida por todos los jefes jóvenes, como los dos hermanos Cornejo, Ricardo O'Donovan, Armando Blondel, casi un niño con la energía de un Alcides, y el denodado Alfonso Ugarte, gentil mancebo, que en la hora del sacrificio y perdida toda esperanza de victoria, clavó el acicate en los flancos del fogoso corcel que montaba, precipitándose, caballo y caballero, desde la eminencia del Morro en la inmensidad del mar. ¡Para tan gran corazón, sepulcro tan inconmensurable!

Y todos, Inclán, Arias, More, Zavala, Bustamante, los Cornejo, O'Donovan y Blondel, en la tan sangrienta como gloriosa hecatombe de Arica, hecatombe que mi pluma rehúsa describir porque se reconoce impotente para pintar

cuadro de tan indescriptible grandeza; todos, a la vez que Francisco Bolognesi, cayeron cadáveres mirando de frente el pabellón de la patria y balbuceando en su última agonía el nombre querido del Perú” (Palma, 2001, pp. 373-374).

En la cuarta sección, Ricardo Palma relata dramáticamente el fin del asalto y la muerte del general Francisco Bolognesi, cumpliendo su juramento de ofrendar su vida por la patria, no permitiendo que la bandera bicolor fuese arriada por la mano del enemigo. En el momento final del desenlace fatal, el héroe de Arica irradiando orgullo en su rostro fiero, y levantándose a pesar del cansancio y las heridas, oteó por última vez en el horizonte fallido, la arenga final a los soldados para decirles: ¡Adelante!

Arica representó al igual que la tragedia griega otra Termópilas, siendo Bolognesi el gran Leónidas. El jefe de Arica y sus valientes soldados al inmolarse, le dieron de corazón al Perú, símbolos nacionales, sacrificio, entrega y aliento para el alma colectiva. *Su mirada envolvió al Héroe en pálidos reflejos*, diría emocionado el poeta José Santos Chocano.

La única satisfacción que nos queda a los que sabemos aquilatar el valor de las armas heroicas es ver cómo los pueblos convierten en objeto de su cariño entusiasta, dándoles con el transcurso de los años proporciones gigantescas, a los hombres que supieron llevar hasta el sacrificio y el martirio el cumplimiento del deber patriótico. Manifestaciones espontáneas del sentimiento público, que se extienden más allá de la tumba, nos revelan que la superioridad se impone de tal modo, que cuando se abate para siempre una existencia como la de Francisco Bolognesi, el espíritu que se desprende del cuerpo inerte es imán que atrae y cautiva el amor y el respeto de generaciones sin fin.

El coronel Bolognesi fue uno de esos hombres excepcionales, que llegan a una edad avanzada con el corazón siempre joven y capaz de apasionarse por todo lo noble, generoso y grande. Su gloriosa muerte es un ideal moral que vive y le sobrevivirá a través de los siglos, para alentarnos con el recuerdo de su abnegación heroica de patricio y de soldado.

Nosotros conocimos y tratamos a Bolognesi ya en la nebulosa tarde de su existencia; pero para nuestros hijos, para los hombres del mañana, que no alcanzaron la buena suerte de estrechar entre sus manos la encallecida y vigorosa diestra del valiente patriota, su nombre resonará con la poderosa vibración del astro que se rompe en mil pedazos.

De nadie como de Francisco Bolognesi pudo decir un poeta:

Si tu afán era subir  
y alzar hasta lo infinito  
ansiendo dejar escrito  
tu nombre en el porvenir,  
bien puedes en paz dormir,  
bajo tu sepulcro, inerte,  
mientras que la patria, al verte,  
*declara enorgullecida*  
*que si fue hermosa tu vida*  
*fue más hermosa tu muerte”.*  
(Palma, 2001, pp. 374-375).

## Respuesta de Ricardo Palma a una antojadiza rectificación chilena

Este desmenuzado relato donde el general Francisco Bolognesi dio la respuesta más sublime de la historia, fue testimoniado por nuestro tradicionista Ricardo Palma en un texto que fue

publicado en un folleto el 28 de julio de 1885, por la Sociedad Administradora de la Exposición sobre los sucesos acontecidos en la batalla de Arica. Este documento lo reprodujeron algunos diarios de Santiago de Chile y otros medios de Sudamérica, correspondiente a agosto de 1885. Este hecho originó que el coronel Juan de la Cruz Salvo señalara mediante un artículo rectificatorio cinco años más tarde de la tragedia de Arica, negando en forma tajante que Bolognesi haya pronunciado la frase: *“Tengo deberes sagrados y los cumpliré hasta quemar hasta el último cartucho”*.

Este acto epopéyico de nuestra historia acontecido el 7 de junio de 1880 en el asalto al bastión de Arica, fue registrado y conocida la noticia siendo de profunda admiración en el mundo. El Kaiser Guillermo II de Alemania señaló años más tarde que “Bolognesi representaba la más alta gloria militar de los pueblos civilizados del universo”.

Los historiadores chilenos, entre ellos Benjamín Vicuña Mackena, han destacado con objetividad el heroísmo de Bolognesi, reafirmando con firmeza en lo expresado por el héroe de Arica en su histórico y vibrante frase del 5 de junio frente al parlamentario chileno Juan de la Cruz Salvo, de defender el honor de su país quemando el último cartucho.

Tuvo que transcurrir cinco años del trágico suceso de Arica, para que el mayor Salvo lleno de despecho de la gloria y grandeza de Bolognesi merced a su acto heroico, se atrevió a mentir y no reconocer lo que había pronunciado el jefe de la plaza de Arica, manifestando que esa narrativa era producto de la imaginación del escritor Ricardo Palma, no importándole lo referido por Vicuña Mackena, quien recogió la versión del referido parlamentario chileno días después del asalto al morro.

Este oficial chileno, dejando de lado lo que siempre debe significar el honor militar, tuvo la osadía de indignarse al terminar de leer el documento escrito y publicado por Ricardo Palma, negando en todos los extremos que Bolognesi haya podido expresar la frase: *quemaré hasta el último cartucho*. No tuvo mayor argumento de sustento para rebatir lo contundente del relato firmado por el tradicionalista.

El 25 de agosto de 1885, el coronel Juan de la Cruz Salvo publicó en el prestigioso medio de comunicación chileno *El Mercurio*, un extenso artículo reafirmando con un cinismo increíble de su mentira reiterada sobre la frase de Bolognesi, y ridiculizando a Palma tildándolo de fantasioso. Así lo señala en la parte final de dicho documento:

El señor Palma verá que el distinguido y valeroso defensor de Arica, Bolognesi, no empleó al menos en mi presencia la frase retumbante y vulgar “quemaré el último cartucho”, ni menos cometió la descortesía de volverme la espalda con brusquedad, ni tampoco yo la majadera insistencia de que se reconsiderara la negativa.

Si el escritor limeño al dar un tinte espartano a la conducta de Bolognesi para idealizar su figura en la historia de su Patria, lo hubiese hecho en los límites exactos de lo sucedido, nada habría tenido que observar; pero tal como se presenta en el artículo a que me refiero se confunde un poco la realidad con la fantasía (Citado por Ortega, 1963, p. 240).

Enterado Palma del documento deleznable por su falsedad, escrita y divulgada por el referido militar chileno en un medio de comunicación, no tardó mucho en responder con elevada fruición histórica a las sandeces expresadas por dicho personaje de no buena recordación. Dicha respuesta fue expuesta en el tradicional diario *El Comercio*. Este documento histórico fue

dado a conocer en dos versiones sucesivas con el título final de una *respuesta a una rectificación*, publicada con fecha 18 de septiembre de 1885.

El señor coronel del Ejército chileno don J. de la Cruz Salvo, ha tenido a bien publicar en *El Mercurio*, de Valparaíso, un artículo rectificatorio del que escribí en el folleto que el 28 de julio dio a luz la Sociedad Administradora de la Exposición. Estimando los corteses elogios con que me favorece el señor Salvo, paso a contestarle, sin propósito, se entiende, de sostener polémica, que para ella ni las múltiples atenciones que el servicio de la Biblioteca Nacional me impone ni lo decaído de mi salud me dejan campo.

Entre la narración que hace el señor Salvo de la conferencia de Arica y la que yo hice, no hay otra diferencia sino la de que aquella es larga y minuciosa y la mía lacónica o sintética, como cuadraba a la índole literaria de mi trabajo. No veo, pues, el objeto de la rectificación en esa parte. Con distintas palabras, en el fondo, el señor Salvo y yo hemos escrito lo mismo.

Pasemos al único punto serio.

Niega el señor Salvo que en la respuesta dada por el coronel Bolognesi al jefe parlamentario hubiera habido la frase *quemaré hasta el último cartucho*. Muertos en el combate casi todos los jefes peruanos que asistieron a la junta de guerra, con excepción de los comandantes Roque Saenz Peña, Marcelino Varela y Manuel C. de la Torre, apelo al testimonio de éstos. El comandante Sáenz Peña la ha consignado en el brillante artículo que ha poco publicó en Buenos Aires.

Por el mes de junio de 1880, toda la prensa del Perú y de Chile se ocupó de la histórica frase. Recientes estaban los hechos, y aquella era la oportunidad en que el señor Salvo, tan celoso hoy, a los cinco años de la conferencia, por salvar la verdad histórica, debió haber escrito la rectificación que mi pobre artículo le ha inspirado.

En cuanto al calificativo de *vulgares* que el señor coronel Salvo da a las palabras del inmortal batallador del Morro de Arica, permítame que le niegue competencia para tan decisivo fallo. Así como las obras del espíritu se juzgan solo con el espíritu, así los arranques del patriotismo se aprecian con el corazón y no con la cabeza, se sienten y no se discuten. En la proclama de Nelson, en Trafalgar, “La Inglaterra espera que todo buen inglés cumplirá con su deber”, no puede haber más llaneza. El famoso –Qu’il mourut– de Corneille, en los *Horacios*, es una exclamación de encantadora sencillez. En un soldado de la educación de Bolognesi, nada más natural y espontáneo que su respuesta: *Quemaré hasta el último cartucho*.

Y a propósito, y por vía de ampliación, quiero terminar refrescando la memoria del señor coronel Salvo, con la copia de unas pocas líneas de la página 1125, tomo III, de la *Historia de la Guerra del Pacífico*, por Benjamín Vicuña Mackenna, volumen impreso en Chile a fines de 1881.

Dice así el historiador chileno: “Llegado el parlamentario a la presencia del jefe de la plaza, la conferencia fue breve, digna y casi solemne de una y otra parte. Entablóse el siguiente diálogo, que *conservamos en el papel desde una época muy inmediata a su verificación*, y que por esto mismo, *fielmente* copiamos: –Lo oigo a usted, señor –dijo Bolognesi con voz completamente tranquila. –Señor –contestó Salvo–, el general en jefe del Ejército de Chile, deseoso de evitar

derramamiento inútil de sangre, después de vencido en Tacna el grueso del ejército aliado, me envía a pedir la rendición de esta plaza, cuyos recursos en hombres, víveres y municiones, conoce. –Tengo deberes sagrados y los cumpliré *quemando el último cartucho*. Entonces está cumplida mi misión –dijo el parlamentario levantándose, etc., etc.”.

En la página 1127 pone el señor Vicuña Mackena una nota que a la letra dice: “La intimación de Arica me fue referida por el mayor Salvo a los pocos días de su llegada a Santiago, en junio de 1880, conduciendo en el *Itata* a los prisioneros de Tacna y del Morro, y la hemos conservado con *toda la fidelidad de un calco*”.

Ya verá el señor coronel Salvo que yo no he escrito un romance ni dado pábulo a mi fecunda imaginación, como tiene la amabilidad de afirmarlo en su artículo rectificatorio. Si Bolognesi no pronunció la *vulgaridad* de *quemar el último cartucho*, en tal caso, ateniéndonos a Vicuña Mackena y desdeñando otros informes y documentos oficiales, sería el mismo coronel Salvo, y no yo, el inventor de esa (para mí y para el sentimiento patriótico de los peruanos) bellísima y épica *vulgaridad*” (Palma, 2001, pp. 376-378).

Valerosa la actitud de nuestro ilustre tradicionista en defender la verdad histórica en contra de la falsa argumentación chilena. El 7 de junio no es solo un día glorioso, sino que más allá nació la leyenda inmortal de Bolognesi con su histórica frase de defender nuestra patria quemando el último cartucho.

Complementamos este hecho episódico registrado con precisión y maestría por Ricardo Palma, con lo expuesto por Carlos Dellepiani en su *Historia militar del Perú*, donde anota que el

mismo general chileno Manuel Baquedano señaló en el parte oficial de la batalla de Arica que: “El señor Bolognesi respondió, después de conferenciar con sus jefes compañeros, que estaba dispuesto a salvar el honor de su país *quemando el último cartucho*” (Dellepiani, 1965, p. 567).

De igual modo, el patriota argentino Roque Sáenz Peña, al estar en el Perú el año 1905 invitado por el presidente José Pardo y Barreda para la inauguración del monumento a Bolognesi, reafirmó en su elocución, la soberbia frase de pelear hasta *quemar el último cartucho*, expresada por el héroe de Arica como juramento de honor a dos días del fatídico y a la vez glorioso 7 de junio.

## Reflexión final

Sin discusión alguna, lo más sobresaliente en Ricardo Palma fue el haber consagrado su vida al campo del periodismo, la literatura y la plasmación de *tradiciones*, destacando las de temas históricos como es el caso de “Francisco Bolognesi”, que nos ha permitido hacernos sentir orgullosos de tener un héroe de esa dimensión que se sacrificó por un ideal, quedando para la posteridad su histórico mensaje lleno de abnegación, patriotismo y sacrificio, evocando el cumplimiento de *quemar el último cartucho*, como demostración de coraje y deber pese al límite de las circunstancias físicas y de la propia existencia.

## Referencias bibliográficas

Basadre, J. (1998). *Historia de la República del Perú. 1822-1933*. Tomo 7. Santiago: La República.

Basadre, J. (2010). *Perú Independiente*. Lima: Empresa Editora El Comercio S.A.

Chirinos, E. (1991). *Historia de la República (1821-1883)*. Tomo I. Lima: Editorial A.CH. Editores S.A.

Chocano, J. (1980). La Epopeya del Morro. *La Epopeya del Morro de Arica. 7 de junio de 1880*. Lima: Comisión Permanente de la Historia del Ejército del Perú, pp. 230-249.

Cisneros, L. (2019). *Sobre Ricardo Palma*. Lima: Universidad Ricardo Palma.

De la Puente, J. (2015). La plana mayor de Francisco Bolognesi en Arica. *Bolognesi*. Lima: Mauricio Novoa Editor, pp. 109-128.

Dellepiani, C. (1965). *Historia militar del Perú*. Tomo II. Lima: Ministerio de Guerra.

Garayar, C. (2001). Prólogo. En *Tradiciones Peruanas* de Ricardo Palma. Lima: PEISA, pp. 3-12.

Haya, V. (1977). La nueva y la vieja generación de intelectuales en el Perú. En *Obras Completas*. Tomo I. Lima: Editorial Juan Mejía Baca, pp. 94-100.

Leguía, J. (1941). Don Ricardo Palma. *Hombre e ideas en el Perú*. Santiago: Editorial Ercilla, pp. 101-118.

Mellafe, R.y Pelayo, M. (2019). *La Guerra del Pacífico en imágenes, relatos y testimonios*. Lima: Editorial Legatum.

Neira, Hugo (1964). *Francisco Bolognesi*. Biblioteca Hombres del Perú. Lima: Editorial Universitaria.

Ortega, E. (1963). *Francisco Bolognesi. El Titán del Morro*. Lima: Biblioteca Hombres del Perú.

Palma, R. (1979). *Cartas a Piérola sobre la ocupación chilena de Lima*. Lima: Editorial Milla Batres.

Palma, R. (2001). *Tradiciones Peruanas*. Selección y prólogo de Carlos Garayar. Lima: PEISA.

Parra, G. (1990). *Por qué perdimos. Por qué no debemos perder*. Lima: Empresa editora La Tribuna.

Pérez, J. (1880). *Arica. Sus fortificaciones, asaltos, defensa y ruina. Por un testigo y actor*. Lima: Imprenta de "La Patria".

Pons, G. (2017). *El coronel Francisco Bolognesi y el expansionismo chileno*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Porras, R. (1954). *Tres ensayos sobre Ricardo Palma*. Lima: Editorial Juan Mejía Baca.

Porras, R. (1973). Reseña cultural. *Tradiciones Peruanas* de Ricardo Palma. Tomo I. Lima: Ediciones PEISA, p. II.

Rodríguez, I. (2003a). "Prólogo". En *Tradiciones Peruanas* de Ricardo Palma. Tomo I. Lima: La República. División Editorial.

Rodríguez, I. (2003b). *Otra ventana sobre Ricardo Palma*. Lima: Universidad Ricardo Palma.

Sánchez, L. (1919). Palma, crítico literario, filólogo e historiador. *Mercurio Peruano*. Lima, N° 15, setiembre, pp. 291-300.

- Sánchez, L. (1989a). *Don Ricardo Palma y Lima*. Lima: Editora Argentina S.R.L.
- Sánchez, L. (1989b). *La Literatura Peruana*. Tomo III. Lima: EMISA Editores.
- Tamayo A. (2019). *Ricardo Palma. Espíritu de lo peruano*. Lima: Argos productos editoriales E.I.R.L.
- Tamayo, A. (1968). *Literatura Peruana*. Tomo II. Lima: José Godard Editor.
- Tauro, A. (1966). *Las Tradiciones Peruanas y sus fuentes*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Boletín Bibliográfico, volumen XXXIX, pp. 1-130.
- Toro, C (2004). *Literatura Peruana*. Lima: Editorial Bruño.
- Toro, C (2012). *Manual de Literatura Peruana 3 Tomos. Edición corregida y aumentada*. Lima: A.F.A. Editores.
- Valdelomar, A. (2000). *Abraham Valdelomar. Obras completas*. Tomo IV. Edición, prólogo, cronología, iconografía y notas de Ricardo Silva-Santisteban. Lima: Ediciones COPÉ.
- Vargas, R. (1971). *Historia General del Perú*. Tomo X. Lima: Editor Carlos Milla Batres.
- Vicuña, B. (1881). *Historia de la campaña de Tacna y Arica, 1879-1880*. Santiago: Rafael Jover Editor.

Recibido el 7 de septiembre de 2023

Aceptado el 13 de octubre 2023